

Nedim Gürsel  
El hijo del capitán

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París

Alianza Editorial

Tejo con cuidado un esbozo  
hecho con todas las tristezas  
del instituto y del amor

NIHAT BEHRAM

Cuando el día leva anclas  
un navío parte hacia lo desconocido

YAHYA KEMAL



*A los años amarillo y rojo,  
y a mis antiguos compañeros de clase*



**M**I HISTORIA COMIENZA con la muerte de mi madre, el mismo día en que por fin aprendí a leer, a mediados de curso de mi primer año de escuela. Me costó dios y ayuda que las letras dejaran de ser un confuso galimatías en la pizarra, hasta que un día, de repente, tuvieron sentido. Podía descifrarlas una tras otra pasando el dedo índice por encima. ¡PAPÁ, CÓMPRAME UN BALÓN! ¡TOMA, AQUÍ TIENES TU BALÓN! ¡VIVA PAPÁ! Y en efecto, ese día mi padre me compró un balón de cuero que se hinchaba con un bombín, distinto de las pelotas de goma con las que solía jugar. Mi padre era oficial de artillería. Habría podido traerme una bala de cañón del cuartel, soltando su típica cantinela, «Lo que hay que hacer es economizar», acompañada de una de aquellas carcajadas tan parecidas a un cañonazo. En mi infancia, la risa de mi padre no era el único ruido que resonaba en el comedor: se oían también auténticos cañonazos. Aquellos cañones no se disparaban para anunciar el final del ayuno durante el Ramadán. Cuando había maniobras, abrían fuego sobre las montañas, que, achicharradas por el sol en verano y cubiertas de nieve en invierno, se alzaban frente al cuartel y desaparecían entonces en una nube

de polvo. «¡Esos disparos no sirven para nada, decía mi padre, ahí arriba no hay un alma, ni amigos ni enemigos! ¡Qué despilfarro de fondos públicos!» Era tacaño, desde luego, pero hay que tener en cuenta que no iba sobrado de nada. Bueno, no es momento de bromas, el cortejo fúnebre acaba de dejar la casa.

Entre las personas que depositaron el ataúd en la piedra ritual no había ni un deudo de la difunta, únicamente los compañeros de armas o de juergas de mi padre. Yo ignoraba el motivo de que no hubiese venido ningún pariente de mi madre: era huérfana; mi padre se había casado con ella muy joven, cuando todavía era una niña recién salida del orfanato, o casi. Hace tiempo que he superado la edad a la que murió mi madre y ya he vivido más años que mi padre. No puedo decir que uno u otro hayan influido mucho en mí. De ella solo recuerdo su rostro, redondo, pálido, y los pómulos algo prominentes. Y también las oraciones que me susurraba de noche al oído antes de arrojarme y soplar sobre mis ojos para que durmiese tranquilo. Tenía una voz dulce y sosegada. O esa era mi impresión de pequeño, en aquellas noches nevadas antes de hundirme en el sueño. También recuerdo las estruendosas carcajadas de mi padre, muy diferentes de la voz estropajosa que tenía cuando había bebido. No me interesé por la vida de mi madre hasta mucho más tarde, y cuando hoy pienso en ella, sin llegar a afirmar que fuese considerada un cero a la izquierda, debo decir que fue una de esas mujeres de Anatolia que murieron sin haber vivido. No era muy guapa. En la fotografía que conservo de ella su sonrisa es forzada. Sus ojos negros son ligeramente rasgados, con la mirada perdida en el vacío, y su rostro parece traslucir la desesperación de la huérfana abandonada. Su frente es amplia y despejada, tal vez debido a que sus largos cabellos están peinados hacia atrás formando un moño. Da ganas de que lo deshaga y los suelte sobre los hombros. Que se «despeine»,

como dice aquella canción que mi padre no podía oír sin llorar. Que se ría a carcajadas como mi padre. Que se distraiga, sentada frente a la ventana, mirando fijamente los grises picos de las colinas. Que deje de una vez su bordado, que se vaya a dar un paseo por el barrio, que acompañe a mi padre a la cantina del cuartel. Que brinde en la orilla del lago. Que cante con mi padre y sus amigos.

Últimamente, miro con frecuencia esta foto. Siempre la llevo conmigo, pero la había olvidado al cabo de los años, yendo de ciudad en ciudad, de una mujer a otra. Hay que llegar a cierta edad para rescatar de los baúles que huelen a naftalina no solo los recuerdos, sino también las fotos antiguas. El tiempo ha grabado el rostro de mi madre en mi memoria; no necesito mirar su foto a cada rato, pero ella nunca me ha dejado. Me habría gustado decir: «Mi madre ha vivido». La contemplo «abriendo los ojos de una cuarta», como decía mi padre cuando estaba borracho, estudio su mirada y sus cabellos negros y trato de hallarle un sentido a su destino, como antaño trataba de dárselo a los negros arabescos del alfabeto. ¡PAPÁ, CÓMPRAME UN BALÓN! Fuese para demostrar que era hombre de palabra, fuese para suavizar mi dolor, mi padre me había comprado un balón el día de la muerte de mi madre. Chutando contra la pared de nuestra casa, yo no pensaba en que ya no la vería nunca más. Y si mi padre, quitándome el balón de las manos, no me hubiera obligado a seguirlo, no habría ido al entierro. Me vengué en el balón de cuero que rebotó sobre la pared amarilla recién pintada, rodando por el suelo como una calavera, detrás de la que eché a correr.

Jamás se nos habría ocurrido que mi madre moriría así, de repente, «sin piarla», como decían en aquella ciudad de provincias donde acabábamos de instalarnos. Todavía era joven y ágil. Cuando terminaba sus tareas domésticas, solía sentarse con las piernas



cruzadas en el sofá y bordaba cipreses en un lienzo de cañamazo, presentiendo tal vez su muerte prematura. Cuando pienso en esos cipreses cuyo color y formas recordaban las porcelanas otomanas, no pienso solo en el trágico destino de mi madre. También veo a mi padre regresar a casa borracho, de noche, abrir el costurero de nogal y llorar aspirando el olor de los bordados de mi madre. Ella colocaba primorosamente sus bonitos tapetes, pero el ordenanza de mi padre, un auténtico manazas, siempre se las arreglaba para mancharlos cuando se ocupaba de las labores domésticas. Ahmet ayudaba a mi madre en la limpieza de la casa, pero los recados los hacía él. Ni mi madre ni mi padre, ni siquiera mi abuela, hija de inmigrantes, le llamaban nunca por su auténtico nombre. Era siempre Memet por aquí, Memet por allá. Él respondía invariablemente «A sus órdenes, mi comandante», incluso a mi abuela, y no se molestaba porque le llamasen Memet. La guarnición tenía otros muchos Memet, y prefería ser el ordenanza del jefe que hacer la instrucción o aburrirse en el cuartel.

No había ninguna razón aparente para que Azrael, el ángel de la Muerte, viniese a buscar el alma de mi madre. Dijeron que había sido un aneurisma, que su aorta había cedido. No podía entender cómo una arteria podía ceder así, «sin piarla». Los médicos tampoco sabían más que yo. Por entonces, yo no tenía la menor idea de lo que era un «aneurisma» o la «aorta». A medida que he ido envejeciendo, me he dado cuenta de la vulnerabilidad de nuestro cuerpo. Después de todo lo que los médicos me han hecho sufrir, he comprendido que en la vida nuestro verdadero maestro, nuestro *mürşit*, no es ni la ciencia ni Hürşit, el mercader de especias que pasaba todos los días ante nuestra puerta, sino el tiempo. La carrera de las manecillas en la esfera, la grande y la pequeña, me han ido consumiendo lentamente, y cada hoja arrancada al calendario me ha acercado un poco más a la muerte. Pronto

iré a reunirme con mi madre. Mientras tanto, Azrael ha tomado su rostro. Ahora está ahí, delante de mí, me acuesto y me levanto en su compañía, vivo con ella. Apuro el suplemento de vida que me ha dado su muerte prematura. Me veo todavía en el hogar de mi infancia. Veo todo lo que ocurre allí. Escucho, al son de la risa de mi padre, a mi abuela criticando a mi madre con las vecinas. Desde nuestra vivienda, el último piso del alojamiento de oficiales, contemplo el lago y las montañas que se alzan ante mí. El jeep que lleva todos los días a mi padre al cuartel está aparcado abajo, pero el ordenanza no aparece. A saber adónde habrá ido Ahmet, no responde a las llamadas de mi abuela. Tiene que ir de compras urgentemente y poner la mesa con las bebidas mientras mi madre, en la cocina, prepara los *mezzes*. A continuación, después de haber preguntado a mi padre o, en su ausencia, a mi abuela «¿Ordena algo más, mi comandante?», ya no tenía que estar remoloneando. Cumplido su cometido, desaparecía hasta la hora de las visitas. Ahora sale la luna, llena, rotunda, como una bandeja de plata. En los paños de cañamazo pacientemente bordados por mi madre, surge por detrás de los cipreses. Y su claridad ilumina el rostro de mamá.

Me ocultaron durante mucho tiempo el lugar y la hora de su muerte, y cuando supe lo que realmente había sucedido, mi abuela, que solía decir: «No hay que irse con los que se van», no estaba ya en este mundo, y mi padre, que no era de los que se van con los muertos, había emprendido también su último viaje. No voy a hacer míos los términos del poema que aprendí de memoria en la escuela, «Era pequeño, jugaba al balón», pero debo decir que en aquel momento no hice demasiadas preguntas. Igual que los vecinos y los compañeros de armas y borracheras de mi padre, igual que el ordenanza Ahmet, me atuve a lo que quisieron contarme. Era demasiado pequeño para elaborar hipótesis. Mi padre

me repetía «Deja de llorar, los hombres no lloran», y me vi obligado a tragarme mis lágrimas. Mi abuela parecía encantada. Era obvio que detestaba a su nuera, a lo que juzgaba indigna de su hijo, y cuando dijo «¡Que Alá perdone sus pecados!», parecía que hablase de una desconocida. Recuerdo sin embargo que había en sus ojos una expresión como de miedo, o más bien de intranquilidad. De niño casi no prestaba atención a estas cosas, pero hoy lo comprendo mejor.

Volvía de la escuela y todavía conservaba en la boca el sabor del caramelo. Cuando uno de sus alumnos aprendía a leer, la maestra le daba un caramelo *hayat* que guardaba celosamente en un bolsito negro parecido a un viejo hatillo. Se podían comprar en el ultramarinos, con una de aquellas monedas agujereadas de cien céntimos, pero los *hayat* que nos daban de premio en la escuela sabían mucho mejor. Las monedas de cien que poníamos en los raíles del ferrocarril quedaban aplastadas y totalmente irreconocibles una vez que la locomotora y los vagones les habían pasado por encima. Convencidos de que habían aumentado de valor, las deslizábamos en nuestra hucha como si ya, a esa edad, no tuviéramos otro objetivo en la vida que hacernos ricos. Chupábamos los caramelos para que durasen, sin masticarlos, y coleccionábamos los envoltorios de papel. Jamás he atesorado ni guardado nada, ni los cipreses de mi madre, ni la colección de sellos que hice después, pero nunca he sido capaz de desprenderme de aquellos trozos rectangulares de papel de colores brillantes. *Hayat* en turco significa «vida», y tal vez los conserve por eso, porque tengo miedo de perder la vida, o porque, gracias a ellos, he aprendido que hay otros países y otras vidas. Porque me han hecho oír la llamada de los océanos, de la selva virgen, de los lagos que se extienden más allá del azul de las lejanas montañas. En los envoltorios de los caramelos *hayat* había también dibujos de animales, de ba-

llenas cuya cabeza lanzaba chorros de agua, de leones de espesa melena, de leopardos moteados, de águilas que tenían la misma mirada que mi abuela... Cuando reunías una serie completa, tenías derecho a una caja de caramelos gratis. ¡No era moco de pavo ganar una «vida»! Ahora sé que se pierde la vida al querer ganarla, y yo ya no tengo otra cosa que ganar o perder. Los días discurren lejos de mi infancia, que transcurrió en un pueblo cerca de un lago, entre el cuartel y la escuela, entre la vía férrea y mi casa, donde en verano pasé ratos estupendos viendo las películas de Ayşecik, en el cine al aire libre; lejos del pálido rostro de mi madre, cuya muerte había terminado con la risa estruendosa de mi padre. Y las noches son interminables.

Ese día, cuando la maestra me dio el caramelo, mi alegría fue doble: no solo había aprendido a leer, superando así el principal obstáculo para acceder a la vida, sino que además tenía la serie completa de los osos ladrones de miel. Fue pensando precisamente en mis envoltorios de caramelos cuando me dijeron que mi madre había muerto. Igual que en los versos que, más adelante, me valieron el premio de declamación, se había dormido para no despertar. Como escribió Cahit Sitki Tarancı, el autor del poema «Treinta y cinco años», la depositaron en la piedra ritual como un rey en su trono. Yo estaba de pie junto a mi padre, entre los hombres alineados ante el ataúd. Mi abuela, un poco más atrás, con las mujeres, que no están autorizadas a decir la oración de los muertos. En su mayoría eran esposas de oficiales. Despreciaban a mi madre, la miraban por encima del hombro y nunca la habían invitado a tomar el té. Parloteaban en voz baja. Recuerdo que ninguna de ellas derramó ni una sola lágrima. Mi padre, recién afeitado, vestía uniforme y botas lustradas. Pretendía despedir a su mujer como se honra a un mártir. Sus compañeros de armas vestían de civil. En el último minuto, el coronel se unió a ellos. A

mi padre, con uniforme de capitán, se le veía muy orgulloso por estar colocado delante de un oficial de mayor rango. Por supuesto, mi cerebro de niño no se había dado cuenta de este detalle, pero, rebobinando ahora la ceremonia fúnebre en el patio de armas del cuartel, puedo imaginarme lo que sentía. Él, un simple jefe de batallón, se comportaba más como jefe del regimiento que como un marido que acaba de perder a su mujer. Sus aires de fanfarrón turbaban visiblemente a sus compañeros de juergas, que asistían también al entierro, con el fiscal a la cabeza. Si lo hubiera observado atentamente quizás podría haberme enterado de algo. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue oír al fiscal suspirar frecuentemente y murmurar en árabe *Lâ havle vela kuvvete*, inclinémonos en respetuosa reverencia ante la fuerza. Podría haber preguntado a mi padre, después del entierro, lo que significaban aquellas palabras, pero pensaba más en mis caramelos que en la muerte de mi pobre madre.

Cuando el imán dijo «Recemos una *fatihá*\*<sup>1</sup> por el descanso del alma de la difunta», abrí las manos, como todo el mundo, y comencé a recitar el texto. Pero no pude recordar más que el primer versículo, que me había enseñado mi abuela. Estaba detrás de mí, erguida, con su pañoleta negra, como un puñal clavado en el suelo. Yo pensaba en monos de culo rosa saltando de rama en rama en la sabana africana, en águilas surcando el cielo con un conejo entre sus garras, en gorilas dándose golpes en el pecho, en tigres, rinocerontes, jirafas de largos cuellos como troncos de pinos. Me pareció oír a unos cuervos graznar «¡Mira esta rama!», a cigüeñas crotorar «¡Échame una almendra!». Si hubiese que hacer caso a mi padre, los osos pululaban en los bosques de los alrede-

---

<sup>1</sup> Las palabras marcadas con un asterisco la primera vez que aparecen se relacionan en el glosario al final de la obra. (*Todas las notas son de la traductora.*)

dores. Al menos había uno, en el envoltorio de un caramelo *hayat*, robando la miel de una colmena y mi padre había cazado otro, con cuya piel había hecho una hermosa alfombra de oración para mi abuela y cuya cabeza colgaba disecada sobre el aparador del salón, justo al lado de la fotografía de su boda. Para mí, en aquel entonces, el universo se parecía a *El mundo de los animales*, un libro que mi padre me había regalado por mi cumpleaños y que yo leía deletreando las palabras. Los seres humanos casi no me interesaban. Esta es probablemente la razón por la que yo, más adelante, adquiriría la costumbre de comparar con animales a los compañeros de borracheras de mi padre. Pero en la época de la muerte de mi madre el mundo no se componía de rostros, sino de imágenes y sonidos. El sonido precedía a los sentidos. La cantinela de Hurşit, el buhonero que recorría las calles con sus tarros llenos de coles, pepinillos, pimientos y tomates confitados en vinagre, el susurro de mi madre cuando rezaba, el repiqueteo de la lluvia sobre el tejado, el murmullo de los álamos balanceándose al borde del lago, las estruendosas carcajadas de mi padre, los ruidos que me despertaban por la noche, todo ello constituía una parte del mundo que me esforzaba por descubrir.

La ceremonia fúnebre fue breve, pero, durante todo el Ramadán, mi abuela no se levantó, por así decir, de su alfombra de oración, rezaba día y noche, mientras mi padre se emborrachaba con sus amigotes en la habitación de al lado. Entre ellos se encontraba el director de mi escuela. Por lo visto, estaba enamorado de mi maestra, pero yo era demasiado pequeño para darme cuenta de nada. Era la comidilla del pueblo. Estaba en boca de todos y el rumor corrió como la pólvora. Aunque él llegaba todas las mañanas a la escuela de punta en blanco, ella rechazaba sus proposiciones. Frustrado, habiendo perdido su autoridad, buscó consuelo en la bebida y se convirtió en compañero de correrías de mi pa-

dre. La maestra finalmente se casó con un comerciante y el director de la escuela se quedó con un palmo de narices. La gente decía que se había quedado con «el rabo entre las piernas» aludiendo al miembro viril, pero como yo solo conocía la palabra *pipí*, no entendía nada de aquellos cotilleos. Para mí, lo que nos cuelga entre las piernas solo servía para hacer pis. En cualquier caso, ese director que se había quedado «con el rabo entre las piernas» era el que había venido a acariciar mi mejilla antes de enviarme al entierro. Su mano temblaba. Esa misma mano que un día me había dado un guantazo y, estrellándose sobre mi cabeza, me hizo arrepentirme de haber nacido. Pero esta vez, la mano, sin duda, tenía una buena razón para acariciar mi mejilla. Todavía me parece oír al director diciéndome: «Que Alá te conceda los años de los que tu madre ha sido privada». Ese día me quedó la impresión de haber robado la vida de mi madre, de haberla matado en cierto modo para prolongar mi propia existencia. Sí, todavía vivo con ese fantasma.

Diríase que la oración de nuestro director, al que llamábamos el Jirafa, fue oída por el Altísimo, que su lengua era tan larga como su cuello y que aquella manaza que repartía sonoras bofetadas a chiquillos daba suerte. Veo de nuevo su silueta, que sugería más un camello rumiando que una jirafa, suspirando malhumorado frente a una botella de raki, en compañía del fiscal y del director del catastro. El fiscal era muy bajito, pero vivo y ágil como un mono, y el director del catastro tenía toda la pinta de un oso robando miel en una colmena. La cabeza de oso disecada que, desde lo alto de nuestro aparador, observaba seriamente a los invitados era su vivo retrato. Pero durante mi niñez, el Dios que me inspira ahora estas palabras era desconocido en el batallón. Nunca pensé en Él. Yo pensaba en los animales que adornaban los envoltorios de los caramelos *hayat* y en los cipreses susurrando al

claro de luna en los paños de cañamazo de mi madre. Sí, era en lo que pensaba antes de quedarme dormido, y en las noches frías de invierno soñaba con mi madre, que venía a arroparme y a soplar en mi cara con su aliento para protegerme.

Dejé mi casa para irme interno al liceo de Estambul y nunca volví a ver al director del catastro ni al director de la escuela. Este último ya había muerto. Para ser más preciso, se había suicidado. Por amor. ¡Cuántas locuras se hacen por amor! En cambio, vi al fiscal en Estambul algunos años más tarde. Había perdido su agilidad y ya no tenía nada de simio. Cuando murió, era muy chiquitito, no más grande que Pulgarcito. Me reveló a bocajarro que mi madre no había muerto de una rotura de aneurisma, sino que se había suicidado con el revólver de mi padre. Para evitar la apertura de una investigación que podría resultar embarazosa, él mismo había cambiado el informe del forense. Como aquella versión de la «rotura de aneurisma» nunca me había convencido, cuando me hice mayor y quise y saber la verdad, mi padre me confesó que mi madre se había matado accidentalmente limpiando su revólver. Suicidio o accidente, había muerto «de repente» y no se podía hacer nada. «Es el destino —repetía—, el destino.» Además, su nombre, Kader, significa «destino», y de hecho era el destino el que había querido que se fuese para no volver, sin ni siquiera cerrar la puerta tras ella, dejándome en compañía de monos, osos y jirafas. Y también de mi abuela, de mirada de águila, y de mi padre de alma sensible, que además se creía que todo estaba permitido. Podía, borracho perdido, llorar y berrear a su antojo, contar chistes verdes y reírse a carcajadas. Todas las noches, en casa de uno de sus amigos o en Casa Muhtar\*, a orillas del lago, se sentaban a la mesa, descorchaban una botella de raki tras otra y bebían hasta la madrugada al son del *saz*\*. A veces llevaban chicas, pero eso lo supe más tarde, por boca de mi abuela. Según ella, es-



taban todos condenados al infierno y caerían en sus llamas al cruzar el puente Sirat. No justificaba a su hijo pero le reprochaba dejarse arrastrar por el fiscal y el director de la escuela, añadiendo que si continuaba con aquella vida de libertinaje los demonios le harían sufrir los tormentos del infierno. Luego se ablandaba y le decía zalamera: «No les hagas caso, mi león, tú no eres como ellos. Un día serás pachá». Mi padre temía a mi abuela y nunca le habría replicado: «Un día serán jueces y tal vez secretarios de Estado». Yo tampoco me habría atrevido a contradecirla. De hecho, los dos la temíamos, pero creo que mi padre le tenía aún más miedo que yo. De todos modos, yo era un pobre huérfano condenado a crecer sin su mamá.

Mi padre no volvió a casarse, no me entregó a una madrastra, se limitó a meterme en un internado. Nunca llegó a pachá, pero dejó de beber y se convirtió en un jefe respetado. Incluso tocó poder. Sin embargo, nunca se enfrentó a su madre. Decir que la temía es poco: temblaba ante ella. Mi madre tal vez hubiese muerto de una rotura de aneurisma, pero él, a este paso, acabaría muriéndose de miedo.

Cuando retiraron del féretro el cuerpo de mamá envuelto en su mortaja para depositarlo en la tumba, permanecí impasible. Me daba la impresión de que no era ella la que estaba bajo aquella mortaja, que había ido al colmado en lugar de Ahmet y que volvería de un momento a otro. No era a ella a quien enterraban; la oración temblorosa del imán y el agua que se vertía sobre la tumba estaban destinadas a cualquier otra persona. Quizás no había ido al colmado, sino a algún otro lugar donde podría pasar un rato antes de volver a casa, para retomar su labor abandonada cabe la ventana y continuar bordando sus cipreses enhiestos frente a la luna nueva. Yo estaba deseando mostrarle mi colección de animales. Debía de encontrarse bien donde estaba, porque no ha-

bía vuelto. Me han hecho falta muchos años para acostumbrarme a su ausencia y comenzar a experimentar la nostalgia de su cara pálida y redonda, que brillaba de noche cuando venía a arroparme, de su presencia, de su ternura femenina. Siempre me he preguntado dónde se había ido, en qué lugar se ocultaba. No estaba ni en el cielo ni el infierno, dos palabras que no tenían ningún sentido para mí. Tampoco bajo la lápida donde después grabaron *Kader kurbani Kader*, «A Kader, víctima del destino». ¿Dónde estaba, en qué lugar y con quién? ¿Por qué ventana estaba mirando, en qué bordado expresaba su soledad, su abandono, su cruel destino? No recuerdo haber jugado mucho en mi infancia, exceptuando los días en que corría detrás de un balón con mis amigos del barrio. Pero en mis sueños siempre jugaba al escondite con mamá. Mientras yo contaba en el patio de la mezquita, con el rostro vuelto hacia la pared, ella iba a esconderse detrás de un árbol o se deslizaba en el baúl de nogal chirriante del vestíbulo para no volver a salir jamás. Indiferente a los otros niños que gritaban a cada cual más alto «¡Por mí!», yo escudriñaba en el interior del baúl, buscando en vano a mi mamá entre los paños de macasar, los encajes y las cortinas de tul. Los cipreses ya no susurraban a la luz de la luna, sino entre mis manos. Miraba detrás de los árboles, pero no había nadie. El suelo, sin duda, se la había tragado. Más adelante, la busqué a menudo en Estambul, cuando estaba interno, luego en otras ciudades lejanas, de noche, en los parques desiertos, bajo los puentes, en callejuelas oscuras. Nunca he renunciado a esta búsqueda sin esperanza, pero ya no me quedo, como antaño, despierto hasta la madrugada. Y, además, si la encontrase, no podríamos hablar. Los muertos no hablan. Son mudos.